



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 32 – Ibrahim reencuentra a su prometida

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 7  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X. 32 – Ibrahim reencuentra a su prometida



Casi al instante, la anciana volvió trayendo el uniforme que Ibrahim le había pedido; éste se cambió rápidamente de vestuario, y luego, dejando a Ali y a los caballos al buen cuidado de la vieja, se dirigió a grandes pasos hacia la ciudadela en la que penetró sin problemas gracias a su uniforme, y, de todos modos, la boda estaba en su mejor momento, y los guardias tenían otras preocupaciones en la cabeza que las de vigilar las idas y venidas de la gente. La noche ya había llegado a su tercera vigilia, cuando el cortejo se puso en marcha para conducir al joven desposado a la habitación nupcial. Ibrahim tomó la delantera, y penetró en la estancia en que Nâfileh esperaba a su esposo. Las doncellas le habían quitado el velo, frotado con agua de oro y envuelto en un chal rosa; luego, se retiraron, cerrando la puerta tras ellas, y subiendo a lo alto de las terrazas para asistir a la llegada del joven marido. Como siempre, lleno de recursos, Ibrahim se había hecho

con un gran manto de mujer, con el que se tapó hasta los ojos, a punto casi de asfixiarse; este disfraz le permitió llegar sin obstáculo alguno hasta la puerta del edificio, que forzó suavemente; una vez dentro, vio otra puerta, bajo la que se filtraba un rayo de luz. Al darse cuenta de que se debía de tratar de la cámara nupcial, se aproximó con el sigilo de un lobo, abriendo sin ruido uno de los batientes: quería asegurarse de las intenciones de Nâfileh y ver si su corazón se inclinaba hacia Kamel, en cuyo caso, había decidido matarlos a los dos.

Así que, Ibrahim penetró en la sala rícamente amueblada y decorada; sobre el lecho, en el centro de la habitación, vio a su prometida acostada boca abajo, con la cara hundida en una almohada, mojada con sus lágrimas.

– ¡Sí! Ahora ya solo me falta saber si de verdad ella siente pena, o si es una coquetería suya –Se dijo para sí Ibrahim, aún desconfiado–. Bueno, ya lo veremos cuando llegue el marido; entonces descubriré la verdad. Mientras tanto, tengo que buscar donde esconderme...

Andaba con esos pensamientos, a la par que echaba una ojeada alrededor de la habitación, cerca de la entrada, cuando descubrió un oscuro rincón en el que se escondió, con el oído bien alerta. Mientras tanto, la joven, embargada por la pena, no se había dado cuenta de nada. Poco después, llegó Kamel, precedido de los portaantorchas y luminarias. Al llegar ante la puerta, recitaron la *Fâtiha*, y los acompañantes se dispersaron, tras introducir al joven recién casado en el edificio, del que ya se había hecho salir a las mujeres. Entonces, Kamel entró en la habitación y vio a Nâfileh, acostada y atravesada en el lecho, todavía sollozando, y con el rostro hundido en la almohada. Uno puede imaginarse la decepción del joven: él, hijo de un visir, y que, además, había ofrecido una fiesta nupcial espléndida, en la que se había gastado sumas incalculables, se esperaba, al menos, que su novia le ofreciera una calurosa acogida y que viniera a quitarle su manto. Kamel se acercó a ella y la saludó, sin que ella le prestara la menor atención; como si él no estuviera allí.

– A ver, Nâfileh, ¿y si levantarás un poquito la cabeza para ver quién está ahí debajo? – le suplicó Kamel– Éstas no son horas de dormir.

Ella, levantó la cabeza y le observó un momento; luego, bajo de nuevo los ojos con una mirada huraña.

– Que Dios te depare una hermosa noche, oh dama plena de belleza; oh, tú, que eres mi estrella de la mañana y la alegría de mi corazón.

– Pues a ti, ¿que Dios no te conceda ni felicidad ni reposo! –le respondió Nâfileh– ¡Aléjate de mí! ¡Vamos, largo de aquí!

– ¿Por qué tanta crueldad, Nâfileh? –protestó Kamel– ¿Te he faltado yo, Kamel, el hijo del visir de Hama, en algo?

– ¡Bien cierto es que te llamas Kamel; pero también lo es que no haces honor a tu nombre<sup>1</sup>! ¿No te da vergüenza pretender mi mano? ¡A mí, la prometida de Ibrahim, tu padre adoptivo, el que entregó a mi padre sumas increíbles de dinero para mi dote, y le trajo rebaños de las ochentaicinoc ciudadelas! ¿No habíais recitado los dos juntos la *Fâtiha* antes de que Ibrahim se embarcara para Roma? ¡Y tú, canalla, tú le has traicionado, y te has apoderado del dinero que los otros valientes le habían ofrecido! Da igual, ¿este matrimonio que habéis amañado entre mi padre y tú es nulo y no llegará a consumarse!

– ¡Te juro, Nâfileh, que bien parece que estés borracha o que hayas perdido el juicio! Yo me he casado contigo conforme a las reglas establecidas por el Libro de Dios y el ejemplo del Profeta. Vamos, abre los ojos y mírame bien; ¿acaso no soy yo el hijo del gobernador de Hama? ¿No soy yo más guapo, mejor educado y más valiente que Ibrahim? ¡Venga, olvida a ese lamentable pastor de camellos! ¡No tiene ninguna probabilidad de sobrevivir a sus heridas, y aunque lo hiciera, se quedará destrozado toda su vida, cojo y paralítico!: ¡si unes

<sup>1</sup> En efecto, Kamel significa “perfecto”, “consagrado”.

tu destino al suyo, te pasarás la vida fregoteando platos y recogiendo boñigas de camello! Yo, en cambio, te llevaré mañana a mi casa, a Hama, a un palacio rícamente amueblado. Tendrás unas estancias para ti, sirvientas y criadas para satisfacer tus menores deseos; en fin, que te convertirás en una *jatún zâdeh*<sup>1</sup>. Así que, dime, sinceramente, ¿no soy yo mejor partido que Ibrahim?

– ¡Muy propio de ti, Kamel, denigrar así a tu padrino! Pero por mí, ya puedes decir lo que te dé la gana, porque solo le amo a él, ¡y aunque fuera una astilla de hueso renegrido, la prendería con orgullo en mi turbante, como si fuera un airón!; pero de ti..., así fueras un costoso diamante, ¡nunca querría saber nada de nada!

Kamel aún siguió durante largo rato intentando ablandarla con dulces palabras, mientras ella le rechazaba e insultaba a más y mejor.

– Ni te pienses que me voy a dejar tocar por un cabroncete como tú! –le dijo Nâfileh como remate–. Antes tendrían que ahorcarme.

De golpe, Kamel no pudo aguantar más, y se acercó amenazante a Nâfileh, con la mano sobre la guarda de su puñal.

– ¡Eh, sucia zorrilla! ¿cómo te atreves a hablarme en ese tono? –gruñó Kamel– No olvides que soy tu señor y tu dueño, y que he pagado tres *jaznehs* de oro para poseerte.

– ¡Pobre tonto! –le replicó burlona la intrépida Nâfileh– ¿Tú te crees que me vas a asustar con tu puñal? ¿A mí, que, si te doy una bofetada, te hago saltar todos los dientes?

Este intercambio de insultos lo había seguido Ibrahim atentamente.

– ¡Buena respuesta, Nâfileh! ¡Que Dios te dé larga vida! –murmuró Ibrahim para sus adentros, persuadido por fin de que su prometida no había cambiado sus inclinaciones. Pero entonces, Kamel, perdiendo los estribos, se arrojó sobre Nâfileh, decidido a hacer valer sus derechos, aunque fuera a la fuerza.

– ¡Qué desgracia, Ibrahim, hijo de Hasan, que no estés aquí para ver lo que me sucede! – se lamentó la joven– ¡Ah, qué verdad es eso de que “Cuando el león no está, los chacales se envalentonan”!

Considerando que aquello había durado suficiente, Ibrahim salió de su escondite; de un salto atravesó la habitación y se encontró ante Kamel.

– ¡Sucio perrillo! –le lanzó– ¿No te da vergüenza abusar a la fuerza de una débil mujer?

Y de una simple cachetada, lo envió rodando al suelo, dejándole sin conocimiento; luego, le durmió por medio del *benj*, antes de volverse hacia Nâfileh, que, loca de alegría, se abrazó a él para estrecharle contra su corazón.

---

<sup>1</sup> En turco-persa: “princesa”.

– ¡Bienvenido seas, Ibrahim! –le saludó Nâfileh– Ojalá que tus brazos nunca pierdan la fuerza, ni tus enemigos se regocijen con tus desgracias. ¿Pero cómo es que te veo así; sano y salvo?; ¡yo, que he sufrido las mil y una muertes de tanto como te he llorado!

– Sí, sí, lo que tu digas; pero yo me esperaba algo más que eso de tu parte –bromeó Ibrahim con una tierna sonrisa– ¿Cómo has aceptado casarte con Kamel y darle a tu padre la autorización firmada?

– ¡Por el honor de Nuestro Señor Ali, tu ancestro, yo no di mi consentimiento más que a la fuerza y contra mi voluntad! ¡Y si no, mira esto!

Mientras decía estas palabras, Nâfileh sacó de su cinturón un puñal untado de veneno.

– ¡Por la vida de los que respetan los derechos sagrados del amor –prosiguió Nâfileh–, si Kamel hubiera querido forzarme, yo estaba decidida a matarle con este puñal, y después, quitarme la vida, antes de dejar que esa alimaña me poseyera!

– ¡Que Dios te recompense! –concluyó Ibrahim.

Después de dormir a su prometida con el *benj*, sacó de su saco una navaja de afeitar bien afilada y, agachándose adonde estaba Kamel tendido, le afeitó el lado derecho de la barba, y el bigote, del lado izquierdo. Luego, dejándole dormido en compañía de Nâfileh, salió del edificio. En aquellos tiempos, en las ciudadelas, tenían por costumbre que, tras el cortejo nupcial, los padrinos, junto con el padre y los hermanos de la desposada, se retiraran a una sala especial, en donde esperaban a que se reuniera con ellos el recién casado, tras consumir el matrimonio, para recibir allí las felicitaciones. Así que, Ibrahim, se dirigió hacia la sala en cuestión; viendo a Shâhîn de Masyât, a su hijo Dawûd el Desenfrenado, y a todos los invitados y criados, encendió una pequeña lámparilla ciega, en la que colocó un trozo de *benj*, y la proyectó hábilmente por la rendija de la puerta. El narcótico no tardó en extenderse por toda la habitación, sumiendo a los que allí estaban en un profundo sueño. Veloz y silencioso como una pantera al acecho, Ibrahim penetró en la sala, con su navaja de afeitar en mano, y todos los allí presentes corrieron la misma suerte que Kamel, perdonando tan solo a Shâhîn, en atención a su avanzada edad y a sus cabellos blancos; luego, garabateó algunas palabras en una hoja de papel, la clavó en la puerta, y volvió a donde estaba su prometida, a la que envolvió con cuidado en una tela de saco.

Cargado con ese precioso fardo, subió a las murallas de la ciudadela; hizo descender a Nâfileh al otro lado por medio de una cuerda, y se reunió con ella rápidamente, colgado de su gancho de escalada; poco después, deambulaba apaciblemente campo a través, camino de la aldea en la que le esperaban Ali y la anciana... Por cierto, que fue la anciana la que le sugirió a Ibrahim que afeitara media barba a los hombres que asistían a la boda.

– ¿Qué tal ha ido todo, muchachote? –le dijo al verle llegar– Supongo que, si Dios quiere, les has arreglado bien la barba a los otros tontainas, ¿no?

– ¡Y los mostachos también! –replicó alegremente Paladín de Doncellas, que comenzó a contarle su aventura.

– Ojalá que tus brazos nunca pierdan la fuerza, ni tus enemigos se regocijen con tus desgracias –concluyó la anciana.

– Padrino –intervino Ali–, ahora que Nâfileh es tuya, y que te has vengado de los de Masyât, no nos queda más que montar en nuestras cabalgaduras y marcharnos antes de que se haga de día.

– Pero, ¿qué dices, Ali! ¡Vive Dios, que nadie va a decir de mí que he huído como un gallina! ¡Por la vida de mi padre Hasan, no pienso irme de aquí hasta que haya salido bien el sol, llevándome a Nâfileh ante las narices y las barbas de la gente de la ciudadela, grandes y chicos! Y eso no es todo: si Dios me da fuerzas, pienso capturar a Kamel y a Dawûd y llevármelos cautivos.

– ¡Y yo me iré contigo! –exclamó Ali entusiasmado por esas valientes palabras– ¡Que Dios te conceda larga vida, pues tú eres el verdadero héroe de la batalla de Angobar!

Ibrahim suministró el antídoto del *benj* a Nâfileh, y pasaron el resto de la noche en compañía de la vieja. Al día siguiente por la mañana, después de hacer las abluciones y la plegaria del alba, Ibrahim vistió a su prometida con ropa de hombre, rogándola que se cubriera bien el rostro; luego, volviéndose hacia Ali Ibn El-Shayyâh, le dijo:

– Muchacho, hoy es nuestro gran día. No pienso abandonar la ciudadela hasta dejar como cobardes a todos los que la habitan, y aunque fueran tan numerosos como las tribus de Mudar y de Rabî’a, no les tendría miedo, después de haber recibido la bendición de nuestro Señor, el Jidr. Y a ti; lo único que te pido es que cuides de Nâfileh, nada más.

– ¡Con mucho gusto, padrino! ¡Será un honor! Por el juramento del pacto que hicimos ante Dios, te prometo que primero tendrían que matarme, antes de que alguien pudiera llegar a tocarle un pelo.

Dicho esto, se fueron al pie de la ciudadela y esperaron a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos...



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.33 – El León del Horân salda sus cuentas